

## LEYENDO A “LOCOS POR MARTINA” (Novela de Iván González)

Mario Restrepo Botero <sup>1</sup>

La diversidad de flores -algunas como mariposas- que parecen dibujar un marco o flotar sobre una superficie marina, con su reflejo de colores, y que se prolongan en un violáceo horizonte sobre el que parece irse ocultando un confuso círculo blanco de sol, son el fondo de la carátula de la sorprendente novela de Iván González, “Locos por Martina”.

Si no hubiera estado la tarde del lanzamiento del libro, cuando el autor precisó anecdóticamente tantas circunstancias, vivencias, intenciones y procesos de escritura, me hubiera remontado a otra época en la que a los niños se nos presentaban las lecturas en diseños semejantes, o quizás habría pasado por alto la carátula, adentrándome curiosamente en el texto que leí con gusto y admiración, con el ingrediente de la amistad que siempre me ha unido a Iván. Pienso que la misma carátula hace parte de la lectura de esta bella, evocativa y fantástica historia y por eso me he detenido en ella.

La obra me parece, primordialmente, que es una novela habitada y permeada por un personaje femenino avasallador, misteriosamente atractivo, Martina, de la talla, en otras dimensiones, de Madame Bauvary, Marianela, doña Bárbara o Rosario Tijeras. Es como el sol que va iluminando cada página, cada personaje, todos los horizontes, con su extraña pero firme personalidad devoradora de flores pero también de corazones, impredecible, firmemente inestable que, aunque parece desaparecer en un trágico final, queda flotando en el horizonte marino como esa mancha impresionista, nimbada, que constituye el punto de fuga en la carátula. El último capítulo, el único en el que Martina directamente intenta describir su existencia y persistencia, y en el que ansiosamente esperamos clarificar su misteriosa desaparición, es un bello poema que vale por todo el libro:

*“Sólo quería ser mariposa, pero  
las espinas, las calles, las escaleras  
empinadas, las cosas duras, me*

\* Iván González (Cartagena, 1962) novelista, cuentista, dramaturgo y gestor cultural, es autor del libro de cuentos “La pelota caliente”, de la crónica “Napo, dale camino Napo” y de las novelas “Pagadiario”, “Locos por Martina” y “Benkos, héroe de la Matuna” (2016).

<sup>1</sup> Sacerdote salesiano. Educador. Actualmente Rector del Colegio Salesiano de Cartagena. Publicaciones; (Memorias) “De camino” (Cuentos) “Mi tejedora de sueños” “Los sueños son cuentos”. Correo Electrónico: pmariorb@hotmail.com.



*fueron mostrando lo difícil que es volar... Tomé a mis dos hijas de la mano y anduve hasta que el mundo entero se detuvo, había dejado de ser lo que la que era y ya nunca iba a ser mariposa, por más flores que comiera”*

¿A quién pertenecía Martina?, me pregunté varias veces sin respuesta. Ni a Fabián, ni a Alejo, ni a Cristóbal, ni a sus otros amigos, ni a su familia, ni a su barrio. Creo que su dueña era ella misma, en su belleza de trenzas de cobre, en su amor universal que cada uno sentía como exclusivo, en su visión del mundo que le abría o le cerraba caminos, en su misteriosa desaparición que podría recordarle a Ofelia o Alfonsina, en la revelación final con sus dos hijas de la mano. Martina pertenece, definitivamente, al universo de las criaturas recreadas para la literatura por quien, de pequeño, se dejó envolver en su encanto y muchos años después, rebujando en su corazón, se encontró con ella como la que hizo amague de esfumarse y nunca se marchó

Comentando, después de leer la novela, con Iván, coincidimos en que los muchachos que se van turnando la narración, Fabián y Alejo, parecen uno solo y su lenguaje coloquial del “*me contaron que*” o “*te cuento que*”, es el mismo, de modo que podrían leerse estos interesantes recuerdos de barrio y de sanas

aventuras juveniles como relatadas por una misma persona que experimenta, en dos nombres, el irresistible imán de una hermosa niña, inapresable pero segura de sí, que se alimentaba de flores y volaba libremente como las mariposas.

Los frecuentes diálogos de los personajes, tan ágiles y espontáneos, le dan una gracia especial al relato, categoría teatral que proviene de quien es, además, un maestro del arte escénico:

*“- Yo no sé qué le ve a la monita flacuchenta esa -agregó Toñi-. Lo tiene como bobo... Ya ni fútbol juega.*

*- Quién? ¿Martina?*

*- ¿Quién más puede ser? Desde que anda con ella, ya uno no cuenta con él.*

*- ¿Acaso son novios? -pregunté intrigado-.*

*- No sé -contestó Yoyi-, a veces parece que sí, a veces que no.*

*- Yo más bien veo que está pagando patos -dijo Toñi- esa pelada es como rara...”.*

La barra de su generación seguramente evocará personas, sitios como la playa de Crespo y otros lugares de andanzas y reuniones, aventuras y enseñanzas de centros educativos, canciones, cantantes y bandas musicales –Pink Floyd!- y, aunque no está no



es esta la finalidad de la novela, se sentirán en alguna forma involucrados en ella. Las menciones del Salesiano, de la magistral inducción sobre la historia de Cartagena en las Bóvedas y en el Castillo, del maestro de San Onofre y de la casa de “Matapollos”, me hacen ver que, doblándoles la edad, también yo disfruté de esa época

La novela de mi amigo Iván, verdaderamente me ha atrapado, la he leído con deleite, disfrutando en cada página, del arte de un escritor maduro que, acogiendo la intuición provocada por su hija, ha revuelto el escaparate de sus recuerdos y ha encontrado el camino de regreso a su ciudad y a su barrio, a sus amigos, a su familia, a una época que lo marcó definitivamente y, sobre todo, a Martina, a quien le ha dado el carácter de personaje inmortal inconfundible. Todos quedamos locos por Martina.